



»neras, que no hay soldado que no pueda tener dos ó tres esclavas (1).» La fortuna ayudaba á Claudio por otra parte. Los tiranos se habian destruido unos á otros; no le quedaban sino Zenobia en Oriente y Tétrico en Occidente: ya se disponia á ir contra ellos cuando le sorprendió la muerte (270).

Hízolo por él su sucesor Aureliano, llamado *Espada en mano*, *Manus ad ferrum*. Dotado Aureliano de cualidades brillantes, de gran valor, y de un golpe de vista pronto y certero, subyugó á los dacios, y venció á Zenobia y á Tétrico. El triunfo de Aureliano fué el más pomposo y brillante que se vió jamás: todos los pueblos figuraron en él: llevaba prisioneros godos, alanos, alemanes, vándalos, roxolanos, sármatas, suevos y francos; tras ellos iba Tétrico, que algún tiempo habia dominado en España, vestido con la púrpura imperial; entre las reinas prisioneras distinguíase la famosa Zenobia, reina de Palmira, atadas las manos con una cadena de oro tan pesada que los grandes de su corte, cautivos como ella, tenían que ir la aliviando el peso; las perlas que cubrían su vestido apenas la permitían andar (2). Ostentábase Aureliano sentado en un carro triunfal arrastrado por cuatro ciervos. Así renovó todavía Aureliano las antiguas glorias de Roma. Era naturalmente severo: no permitía á los soldados tomar ni un pollo de los labradores, diciendo que los guerreros deben verter la sangre de los enemigos, no la de los pollos, ni las lágrimas de los infelices ciudadanos (3). Cuando se dirigía á Oriente á hacer la guerra á los persas, fué muerto por los oficiales de su armada. Los cristianos lo agradecieron, porque meditaba contra ellos una nueva persecucion (275).

(1) Carta de Claudio á Broco, gobernador de la Siria.

(2) Cuando presentaron á Aureliano la ilustre prisionera de Palmira: «¿Con que has tenido atrevimiento, le dijo, para oponerte á un emperador romano?—Ignoraba, le contestó la cautiva reina, que hubiese todavía emperadores dignos de este nombre: á todos los consideraba como Galienos ó Aureolos; pero me has vencido, Aureliano, y veo al fin un emperador.»

(3) *Hist. Aug.* p. 222.

Sucedió entonces un fenómeno inexplicable. El mundo estuvo ocho meses sin dueño. El senado remitía al ejército el cargo de nombrar emperador; el ejército á su vez le remitía al senado: ni el uno queria usar de su derecho ni el otro de su fuerza. Cosa extraña: no sabemos si sería capricho ó cansancio. Por fortuna, con las últimas victorias contra los bárbaros de fuera y contra los tiranos interiores, el imperio estaba tranquilo. Roma hubiera podido recobrar su libertad, y no lo hizo: parecia haberla ya olvidado. Por fin el senado proclamó emperador á Tácito, anciano de setenta y cinco años, y de la familia de Tácito el historiador filósofo. Este anciano pareció rejuvenecer un poco la corrompida decrepitud de la república; mas cuando iba á colocarse á la cabeza del ejército para repeler una nueva invasion de los alanos, halló un fin desastroso. Su hermano Floriano, que le sucedió, reinó poco, y le mataron los soldados, por pasarse á las águilas de Probo; ó más bien los soldados asesinaban ya emperadores por costumbre (276).

Probo fué uno de los más grandes emperadores del tiempo de la decadencia. En otra época hubiera podido ser un Augusto. Tan rígido soldado como hábil político y celoso administrador, defendió el imperio contra los enemigos, y las provincias contra los excesos de los soldados, los cuales veían en él un soldado más frugal y más disciplinado que ellos. No podían ser insensibles al ejemplo de un emperador, que sentado en tierra sobre la hierba en la cima de una montaña de la Armenia, comiendo legumbres en un puchero, con sencillez vestido de lana teñida de púrpura, recibía á los embajadores del rey de Persia. La modestia de Probo era tan grande, que cuando sus soldados le aclamaban, «me matais, decia, cuando me llamis emperador.» Cuando le murmuraban su pobreza, decia á su ejército: «¿Queréis riquezas? Ahí teneis el país de los persas: Creedme: de tantos tesoros como poseia la república romana, nada ha quedado: el mal viene de los que han enseñado á los príncipes á comprar la paz de los bárbaros.» «Nuestras rentas están agotadas, nuestras ciudades destruidas, nuestras provincias arrui-



nadas. Un emperador que no conoce otros bienes que los del alma, no se avergüenza de confesar una honesta pobreza.» Como guerrero derrotó á los francos, á los borgoñones y á los vándalos que se habian apoderado de las Galias. Mató á cuatrocientos mil bárbaros, libertó y reedificó setenta ciudades, trasladó á la Gran Bretaña colonias de prisioneros, sometió una parte de la Alemania, levantó una muralla de doscientas millas desde el Rhin hasta el Danubio, y libre de las guerras extrañas sofocó las rebeliones interiores: como administrador, afianzada la paz, empleó sus ejércitos en labores de agricultura, y mandó plantar de nuevo viñas en España revocando el ridículo edicto de Domiciano. «Si los dioses me conceden vida, dijo en una ocasion, pronto el imperio no necesitará de soldados.» Las legiones recogieron esta expresion, y no aguardaron más que una ocasion para deshacerse de quien tal ánimo demostraba de disolverlas. Al dia siguiente de haberle asesinado (282), le erigieron un sepulcro de mármol con esta inscripción: «*Aquí yace Probo, el mejor de los emperadores, el vencedor de los tiranos, y de todas las naciones bárbaras.*» Esta inscripción era una verdad, y aun pudieron decir más de sus virtudes pacíficas (1).

Siguieron Caro, Carino y Numeriano. Carino residió en España. De su estancia se hallaron monumentos en el mercado público de Sagunto, y muchas inscripciones han perpetuado su administracion. Sucedió á éstos Diocleciano, con el que empieza la era famosa de la Iglesia, conocida con el nombre de *Era de Diocleciano, ó Era de los mártires.*

Aun estaba España bajo la dominacion de Carino cuando fué contra él Diocleciano: encontráronse sus ejércitos, pero los soldados de Carino ahorraron á Diocleciano el trabajo de vencerle. Parecia ya como artículo de ordenanza para los soldados asesinar á sus jefes, ó para dar la púrpura á otro, ó para quitársela á los mismos que habian proclamado. Diocleciano no se reconoció bastante fuerte para sustentar solo el peso de tan vasto imperio, y le compar-

(1) *Hist. Aug. Vit. Prob.*—Zosim, lib. I.

tió con Maximiano Hércules (285). Aun hizo más: nombró luego dos Césares, á saber, Constancio Chloro y Galerio, y dividió los dominios imperiales en cuatro grandes provincias. La España con la Bretaña y las Galias le fué encomendada á Constancio, que era el mejor de los tres. Tiénese, no obstante, en lo general una idea muy exagerada de la crueldad de Diocleciano, sin duda por la persecucion general que en su reinado sufrió la Iglesia. Pero Diocleciano, príncipe prudente y hábil, habia dado antes de la persecucion diez y ocho años de gloria al imperio; habia sido gran administrador, y refrenó mucho el despotismo militar y la preponderancia de las legiones. El mismo edicto de persecucion que con tanta sangre de mártires enrojeció la tierra, le dió de muy mala gana; el delito de Diocleciano fué la flaqueza de haber cedido á las inicuas sugestiones de Galerio. El emperador quiso antes consultar á un consejo de magistrados, y este consejo opinó que los cristianos debian ser perseguidos. Diocleciano, no tranquilo todavía, envió á consultar á Apolo de Mileto, y Apolo respondió que los justos esparcidos por la tierra le impedían decir la verdad; los arúspices declararon que estos justos eran los cristianos: resolvióse con esto su persecucion, y se dió el famoso edicto de Nicomedia, obra de la maldad de Galerio y de la debilidad de Diocleciano (1). Antes de este edicto, y en los reinados de Galo, Valeriano, Galieno, Claudio y los demas que le sucedieron, los decretos de persecucion habian sido ó parciales ó contradictorios, y los gobernadores de las provincias, más bien que los emperadores, eran los que empleaban, segun su carácter, la tolerancia ó el rigor con los cristianos. Ahora la persecucion se hizo general; el decreto prevenia el exterminio; Galerio no se contentaba con ménos; se empezó destruyendo las iglesias y entregando á las llamas los libros santos y las actas de los mártires que habia habido, y siguieron los supli-

(1) Chateaubriand, en sus *Mártires*, ha hecho el retrato de las cualidades respectivas de los tres emperadores, Diocleciano, Galerio y Constantino, con mucha verdad histórica, y con la elegancia que distingue á aquel ilustre escritor de nuestro siglo.



cios sin distincion de órden, clase ni edad: las cárceles rebosaban de víctimas; los caminos se veían cubiertos de montones de hombres mutilados; los garfios, el potro, la cruz y las bestias feroces despedazaban á niños y madres, ó los arrojaban confundidos á las piras, ó los precipitaban al fondo del mar á centenares, porque no habia verdugos para tantas víctimas (300).

Muchos mártires hubo tambien en España, no por culpa del César, porque Constancio no los persiguia, y acaso en su interior los amaba, sino del gobernador Daciano, escogido de entre la aristocracia romana, la más enemiga de las novedades (que así llamaban la nueva religion), para dar cuenta de los cristianos desde los Pirineos hasta el Océano. Murieron obispos, centuriones, magistrados, y de este tiempo fueron los innumerables mártires de Zaragoza. Hubo tambien en España, fuerza es confesarlo, falta de constancia en muchos, bastantes abjuraron ó por debilidad ó por poco arraigados en la fe, y faltábale todavía mucho á la España para ser toda cristiana. La persecucion duró en Occidente dos años largos, los últimos del reinado de Diocleciano: en Oriente la continuó Galerio por otros ocho años más. Galerio no se saciaba de sangre cristiana.

El impío é infame Galerio habia logrado persuadir á Maximiano, padre de su mujer, á que abdicase la púrpura. Logró despues lo mismo de Diocleciano, más ciertamente con amenazas que con la persuasion; y Diocleciano, tan generoso en partir con otros el imperio, obligado á bajar de él por el mismo á quien habia elevado, se retiró á Salona, su patria. Así quedaron por emperadores Valerio en Oriente y Constancio en Occidente. Con la elevacion de

Constancio al imperio cesó en España la persecucion de los cristianos (305); ántes se entregó públicamente á su confianza; abriéronse las cárceles á todos, y entre ellos recobró la libertad Osio, obispo de Córdoba, que despues se hizo tan justamente célebre. Constancio fué un excelente principe, dulce, justo y tolerante, y tan pobre que cuando daba un festin tenia que pedir la plata prestada. Suidas le llama *Constancio el Pobre*. Su hijo Constantino, el que despues habia de dar tanto engrandecimiento y lustre á la Iglesia, tenia entónces diez y ocho años, y habiéndose alistado ántes en las banderas de Diocleciano, continuaba sirviendo en Oriente bajo los estandartes de Galerio. Reclamábale su padre, agobiado de enfermedades; pero el inicuo Galerio le retenia en su poder, hasta que una noche se salvó de sus lazos con la fuga. Para librarse Constantino de la persecucion, iba en cada parada de postas cortando las piernas á los caballos de que se servia (1), y de este modo llegó á incorporarse con su padre, el cual murió luégo en York; las legiones, haciendo el último ensayo de su poder, aclamaron á Constantino emperador, en nombre de las virtudes de su padre (306).

Muchas guerras tuvo que sostener todavía Constantino ántes de sentarse tranquilo en el trono de Occidente, ya contra Maximiano, que arrepentido de su abdicacion quiso vestirse otra vez la púrpura, ya contra Galerio, ya contra Maxencio y Licinio. Por este tiempo se celebró en España el concilio de Illiberis. La Iglesia y el mundo van á recibir una trasformacion bajo el imperio de Constantino.

(1) Zosim., lib. II.

CAPÍTULO XIV

El cristianismo.—Pintura de las costumbres del imperio romano.—Corrupcion moral.—En los emperadores; en el pueblo; en los hombres de letras.—Causas que la producian.—Politeísmo.—Constitucion orgánica del imperio. Tirania; esclavitud; condicion miserable y abyecta del pueblo.—Vicios de la legislacion.—Derechos tiránicos de los padres.—Prostitucion del matrimonio; facilidad de los divorcios; leyes sobre el celibatismo; esclavitud de las mujeres; falta de vínculos de familia; exposicion de los hijos.—Escandaloso lujo y vida licenciosa de los ricos; egoísmo universal; estrago y desenfreno de costumbres.—Filosofia epicúrea; filosofia estoica.—Necesidad de una revolucion social en el mundo.—La trae el cristianismo.—Filosofia cristiana.—El cristianismo considerado como principio moralizador y como principio civilizador.—Su doctrina; su nacimiento y progresos.—Costumbres de los primeros cristianos.—Persecuciones; martirios; edad heroica del cristianismo.—Cómo fué ganando al pueblo.—Cómo á las clases elevadas de la sociedad.—Filósofos cristianos; apologistas.—El cristianismo en España.—Mártires españoles.—Zaragoza.—Osio.—Situacion religiosa del mundo al comenzar el cuarto siglo.

Estaba elaborándose lentamente en el imperio romano una revolucion social, la mayor que han presenciado los siglos, y la mayor tambien que se verá hasta la consumacion de los tiempos. Todos los sucesos que hasta ahora llevamos referidos carecen de importancia al lado del grande acontecimiento que se estaba preparando. La sociedad antigua iba á disolverse, el mundo iba á sufrir una trasformacion física y moral, y la gran familia humana iba á ser regenerada en su religion, en su gobierno, en su legislacion, en su moral y en sus costumbres. Los elementos existian ya; pero iban obrando paulatinamente, comotodo lo que está destinado á producir cambios y revoluciones que han de durar largas edades. Menester es que conozcamos las causas que fueron preparando esta gran metamorfosis social, para que podamos apreciar despues debidamente sus efectos.

Por el imperfecto cuadro que hasta ahora hemos delineado, seha podido ver á qué grado de corrupcion, de inmoralidad, de desenfreno,

habian llegado las costumbres en el imperio romano, y el imperio romano era entónces el mundo. Aunque la disolucion y los vicios tenian ya gangrenada la sociedad romana en los últimos tiempos de la república, veíanse todavía algunos ejemplos, si no virtudes morales, por lo ménos de virtudes cívicas, de las virtudes propias de un resto de energía nacional, de un resto de amor á la libertad. Bruto y Casio fueron llamados los últimos romanos. La voz de Ciceron dejó de oirse, y no hubo quien la reemplazara, porque la elocuencia enmudece con la tirania. Mientras la república estuvo ocupada en conquistar, la necesidad del heroísmo produjo todavía algunas virtudes: cuando los hombres dejaron de pensar en guerras, pensaron en deleites y en cortesanas. Cuando Augusto dió la paz al mundo avasallado, no pudo hacer sino llamar en su auxilio las musas para que cubrieran con sus laureles la tirania y la relajacion. Aunque de buena fe quisiera Augusto corregir las costumbres, era ya impotente para ello, porque el corazon de la sociedad